

# Dios predice destrucción

***Versículo Clave:*** “*Así han venido a ser para ti aquellos con quienes has trabajado, que han negociado contigo desde tu juventud; cada cual vaga por su camino, no hay nadie que te salve.*”  
— *Isaías 47:15*

***Escritura  
Seleccionadas:***  
*Isaías 47:10-15*

**LA PROMESA DE VIDA DE** Jehová siempre ha dependido de la obediencia. Mientras que la obediencia conduce correctamente a bendiciones, la justicia perfecta de Dios requiere que la desobediencia conduzca de la misma manera a la muerte. La vida perfecta que se le dio a Adán dependía de la obediencia a las instrucciones divinas acerca del alimento provisto para su sustento. Se le permitió comer de todos los árboles del jardín,

excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. La pena por desobedecer esta instrucción sería la muerte. (Gén. 2:9,16,17). Cuando Adán desobedeció, la justicia de Dios requirió que se ejecutara la sentencia de muerte. (Gén. 03:17-19).

El acto de desobediencia de Adán puso en marcha la continua batalla del hombre del bien contra el mal, y entre la obediencia y la desobediencia al Creador. Sin embargo,

incluso en esta primera aparición de pecado y desobediencia por parte del hombre, Jehová manifestó su amor y misericordia con una insinuación de redención futura a través de una “simiente” o descendencia que satisfaría la justicia y liberaría al hombre de la condena. Al hablarle a Satanás, que se había aparecido en forma de serpiente, Dios dijo: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Su descendencia te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón”. (Gén. 3:15, versión en inglés de la Biblia de las Buenas Nuevas).

Con el transcurso del tiempo, Dios llamó a la Nación de Israel para que fuera su pueblo especial. Era su deseo que fueran una nación por encima de todas las demás a través de la obediencia al Pacto de la Ley que les fue entregado a través de Moisés. (Éxodo 19:5,6). Este acuerdo, a través de sus diversas leyes y ceremonias, traería bendiciones por la obediencia y castigos por la desobediencia. Habiendo sido liberados milagrosamente de Egipto, todo el pueblo dijo lo mismo: “Haremos todo lo que el SEÑOR ha ordenado” (v. 8). Sin embargo, en su estado imperfecto ninguno podía rendir obediencia completa a las disposiciones de la Ley. Más tarde, el apóstol Pablo escribió: “Todos los que viven pendientes de cumplir la ley están bajo el peso de una maldición. Así lo dice la Escritura: maldito sea quien no cumpla constantemente todo lo escrito en el Libro de la Ley”. (Gál. 3:10, versión en inglés de la Nueva Versión Internacional para Lectores). Por lo tanto, el acuerdo de la Ley no podía redimir a la humanidad. Sin embargo, Jesús, quien guardó perfectamente todas las leyes de Dios, abrió la oportunidad de redención tanto para judíos como para gentiles, y quitó la Ley de en medio. “Eliminó la Ley escrita con sus reglas. La Ley era en contra de nosotros. Se nos oponía. Él la quitó y la clavó en la cruz”. (Col. 2:14, NIRV).

Aunque la Ley trajo destrucción en lugar de perfección,

el Apóstol Pablo dijo que su verdadero propósito era como el de un “maestro”, para que guiara a Israel hacia Cristo. (Gál. 3:24). Les recordó que Jehová le había hecho una promesa a Abraham hacía mucho tiempo, sobre futuras bendiciones por medio de su “descendencia, la cual es Cristo”. Pablo enseñó, además, que aquellos que pertenecen a Cristo también son contados como parte de la descendencia de Abraham y, por lo tanto, son “herederos según la promesa”. (Vv. 16,29). Para ser parte de esta “simiente” de la promesa, no se requiere la perfección en esta vida, sino la obediencia de la intención del corazón y el desarrollo del fruto espiritual. (Juan 15:8; Gálatas 5:22,23). Prestemos atención a la advertencia de nuestro Versículo clave, para no dejar de recibir la gracia de Dios tan abundantemente manifestada a nosotros. Seamos obedientes y diligentes para asegurar nuestro “llamamiento y elección”. (2 Pe. 01:10). ■